

La naturaleza urbana caraqueña

Stefan Gzyl

Arquitecto y profesor de la Universidad Central de Venezuela

Caracas tiene una relación conflictiva y contradictoria con la naturaleza. Es conflictiva, porque la ciudad, como construcción humana, pareciera vivir en una lucha permanente contra una condición natural que ante el más mínimo descuido busca, vengativamente y con toda su fuerza, recuperar territorios perdidos. En Caracas la naturaleza se manifiesta de las maneras más diversas, sometida con muros de contención o domesticada en jardineras, pero pocas veces como una construcción de la ciudad para la ciudad. La ausencia de una naturaleza cuantificable en forma de áreas verdes acondicionadas y disponibles para el disfrute de la población es una deuda pendiente de la ciudad con sus habitantes, que aumenta a medida que Caracas y su población crecen, sin que existan a corto plazo posibilidades concretas de saldarla. Sin embargo, y he aquí la contradicción, la naturaleza constituye uno de los signos más claros de la identidad capitalina.

Según el Instituto Metropolitano de Urbanismo Taller Caracas, la ciudad cuenta con apenas un metro cuadrado de área verde por habitante, cuando lo recomendado por la Organización Mundial de la Salud está entre diez y quince. De las más de 3.400 hectáreas decretadas como parques dentro del Área Metropolitana de Caracas, apenas han sido acondicionadas unas 310, cerca de un nueve por ciento, la mayoría de las cuales se encuentra, no casualmente, en las zonas más densamente urbanizadas de los cinco municipios capitalinos. Estas 3.400 hectáreas de «parque» constituyen, además, el 96 por ciento de la oferta de espacio público de alcance metropolitano, mientras que el restante 4 por ciento agrupa plazas, cascos históricos, bulevares, paseos, avenidas y demás lugares de encuentro con un radio de influencia metropolitana. Esto pone en evidencia el inmenso valor cultural que se le da al parque y a la «naturaleza» como elemento y contexto en el cual los habitantes de Caracas se encuentran y relacionan. Esta valorización tiende a privilegiar escenarios naturales por encima de espacios como la calle o la plaza, profundamente arraigados en la tradición urbana occidental.

El parque urbano es un espacio público de historia relativamente reciente. Su surgimiento y popularización debe entenderse en el contexto de la ciudad industrial del siglo XIX, cuando los procesos paralelos de industrialización y urbanización llegaron al extremo de convertirse en una amenaza para el propio sistema dentro del cual surgieron. En este momento de crisis, el parque urbano (promovido por el Estado, empresarios privados, higienistas y promotores inmobiliarios) fue una de las muchas medidas implementadas para resolver problemas urbanos tales como las deplorables condiciones de vida de una parte de la población, la inseguridad o la deteriorada imagen de la ciudad. Con el parque urbano cambió rápida y radicalmente la percepción de la naturaleza y su papel dentro de la ciudad moderna.

Las nuevas preocupaciones por temas urbanos y de salud pública en la ciudad industrial vinieron acompañadas por la atención a otras formas de bienestar, relacionadas con el uso del tiempo libre de la nueva clase obrera urbana. El parque funcionó como un sutil mecanismo de control social (Cranz, 1978), mediante la promoción de ciertos comportamientos y la prohibición de otros, la provisión de nuevas formas de recreación y el fomento de la interacción (aunque sea visualmente) de las diferentes clases sociales. La naturaleza, convertida en bien común, permitió a las masas el disfrute de actividades que anteriormente habían sido el privilegio de la realeza y la aristocracia. Para sus promotores, el parque urbano podía convertirse en un vehículo para el desarrollo social, un escenario en el cual las fricciones y los conflictos de la ciudad podían momentáneamente desaparecer.

He aquí una clave para entender cómo estas ideas fueron finalmente traducidas en una construcción espacial concreta. La «desaparición» de conflictos urbanos requirió un espacio donde la ciudad, como causante y escenario de los problemas que se buscaba mitigar, estuviera físicamente ausente. Así, el parque urbano se convirtió en un mecanismo de escape de la ciudad dentro de la ciudad misma. Como escribiera Frederick Olmsted (1870), creador del Parque Central de Nueva York y padre del paisajismo

moderno, el parque urbano debía ser un lugar «al que la gente pudiera fácilmente acceder después de un día de trabajo, donde pudiera pasear sin ver, escuchar o sentir nada del bullicio de las calles; donde se pudiera efectivamente tomar distancia de la ciudad».

El distanciamiento de la ciudad ha sido, en efecto, una de las cualidades definitorias del parque urbano desde el siglo XIX hasta el presente. Desde un punto de vista espacial, la construcción de esa distancia requiere enormes superficies para la exclusión de la ciudad y la construcción de escenarios, en mayor o menor medida, «naturales». En la ciudad contemporánea, sin embargo, la creciente necesidad de áreas verdes se ha topado con una disponibilidad cada vez menor de grandes vacíos para desarrollar el modelo tradicional de parque. Por su lógica de inserción e interacción con la ciudad, el parque urbano se ha puesto en una situación en la que su supervivencia es incierta. Por ejemplo, si La Carlota, ese espacio sobre el que desde hace algún tiempo pareciera recaer la responsabilidad de salvación ecológica de Caracas, se destinara en su totalidad a parque urbano, sus más de cien hectáreas no harían aumentar en un punto porcentual la relación metro cuadrado de área verde por habitante de la ciudad. ¿Cómo entonces alcanzar los valores recomendados? Son imprescindibles nuevas estrategias para la incorporación de la naturaleza al entorno urbano, así como la ampliación de la oferta de espacio público.

Las implicaciones de ese distanciamiento, desde el punto de vista cultural, abren la puerta a preguntas sobre la percepción de la ciudad como ámbito de interacción y enriquecimiento de la experiencia humana. Si existe una tendencia a igualar espacio público con parque urbano, si los caraqueños viven en la ciudad pero se encuentran en la naturaleza, ¿qué implicaciones tiene esto para una ciudad de la cual, aparentemente, deben escapar para poder relacionarse? ■

REFERENCIAS

- Cranz, G. (1978): «Changing roles of urban parks: from pleasure garden to open space». *Landscape Magazine*. Vol. 22. No. 3
- Olmsted, F. L. (1870): *Public parks and the enlargement of towns*. Cambridge: American Social Science Association-Riverside Press